

Mirarse de frente

Mirarse de frente

VIVIAN GORNICK

TRADUCCIÓN DE JULIA OSUNA AGUILAR



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
Approaching Eye Level

Copyright © VIVIAN GORNICK, 1996
Publicado con el permiso de Farrar, Straus and Giroux, Nueva York

Primera edición: 2019

Traducción
© JULIA OSUNA AGUILAR

Imagen de portada
© MÜNSTER STUDIO

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2019
París 35-A
Colonia del Carmen, Coyoacán
04100, Ciudad de México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España.

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Impresión
COFÁS

Formación
GRAFIME

ISBN: 978-84-17517-41-0
Depósito legal: M-22905-2019

Impreso en España

ÍNDICE

Lo que significa para mí el feminismo	9
Los Catskills en el recuerdo	17
Homenaje	45
En la universidad: pequeños crímenes contra el alma	70
Vivir sola	103
Escribir cartas	115
En la calle: nadie es espectador, todo el mundo actúa	127

LO QUE SIGNIFICA PARA MÍ EL FEMINISMO

El *Village Voice* me encargó que fuera a investigar a «esas de la liberación de la mujer». Era noviembre de 1970. «¿De qué hablas?», le pregunté al redactor jefe. Al cabo de una semana ya era feminista conversa.

En los primeros tres días conocí a Ti-Grace Atkinson, Kate Millet y Shulamith Firestone; en los tres siguientes, a Phyllis Chesler, Ellen Willis y Alix Kates Shulman. Hablaban todas a la vez, y me empapé de hasta la última palabra que salió de sus bocas. O más bien debió de ser que las escuché a todas diciendo lo mismo, porque volví de esa semana con un único pensamiento grabado a fuego en la cabeza. Era el siguiente: la idea de que los hombres, por naturaleza, se toman en serio sus cerebros, mientras que las mujeres, por naturaleza, no, es una creencia, no una realidad; esta idea está al servicio de la cultura imperante; y nuestras vidas parten de esa base. Bastante sencillo, la verdad. Y seguramente ya lo habría dicho alguien. ¿Cómo era posible que yo no pareciera haberlo oído hasta entonces? ¿Y por qué ahora sí lo había escuchado?

Tanto en política como en el amor, sigue siendo uno de los grandes misterios de la vida: la disposición, ese momento en que los elementos se alean en la medida justa para materializarse en un cambio interior. Si eres de los que reaccionan al momento nunca puedes explicarlo del todo, sólo puedes describir lo que sientes.

Yo siempre había sabido que la vida no era apetencia y consecución. A mi manera, la de chica buena, concienzuda y enfadada, perseguía «el sentido». Era importante hacer un trabajo

que importara (o sea, trabajo mental o espiritual) y querer a un hombre que fuera el compañero adecuado. Eran, yo lo sabía, requisitos siameses: entrelazados, inconcebibles el uno sin el otro. Y así y todo crecí y acabé siendo una charlatana compulsiva que no soportaba la soledad ni el tiempo necesario para estudiar. No aprendí a dominar el pensamiento estable. Leía novelas, fantaseaba con una vida importante, pensaba en chicos. Daba igual que me pasara la vida moralizando sobre la seriedad: estaba visto que podía perseguir al hombre pero no el trabajo. Eso, sin embargo, y esto que voy a decir es crucial, no lo sabía. No sabía que podía dedicarme al amor pero no podía dedicarme al trabajo. Siempre andaba pensando: «Cuando las cosas vayan bien, trabajaré». Nunca pensaba: «¿Cómo puedo seguir obsesionada con este chico o este otro aunque las cosas no vayan bien?».

Con veinticuatro años me enamoré de un pintor y me casé con él. Tenía la vida resuelta. Tenía una mesa de trabajo a la que sentarme, un compañero que me animaba, tiempo y dinero suficientes. Ahora sí que trabajaría. Nuevo error. Diez años después pasaba los días vagando por Nueva York, una «chica» divorciada de treinta y cinco años que tenía un estilo agresivo y había escrito un par de artículos. Más allá de mis bravatas, la confusión era honda, la desorientación, profunda. ¿Cómo había acabado así?, palpitaba a diario mi cabeza con aquella idea, ¿y cómo podía escapar? Preguntas para las que no tenía respuestas hasta que escuché a «esas de la liberación de la mujer». Me pareció verlo todo cristalino. Tenía edad, hastío, agotamiento y dolor de sobra. Mi incapacidad perenne para tomarme en serio como trabajadora: aquél sí que era el dilema central en la existencia de una mujer.

Igual que Arthur Koestler descubriendo el marxismo, fue como si me estallara la sesera y me salieran luces y música de la cabeza. ¡Qué júbilo sentí cuando conseguí hacer el análisis! Me despertaba con él, me pasaba el día bailando en sus brazos y me dormía sonriendo con él. Me volví impermeable: los reveses de la fortuna cotidiana no podían hacerme mella. Si me

aferraba a lo que me había hecho ver el feminismo, pronto sería dueña de mí misma; en cuanto fuera dueña de mí misma, sería dueña de todo. La vida me sonreía. Tenía discernimiento, y tenía compañía. Estaba plantada en medio de mi propia vivencia, gira que te gira; y a mi alrededor veía una sala llena de mujeres, también gira que te gira.

Sin duda es un momento de alegría cuando un número bastante amplio de personas se sienten impulsadas a actuar por una explicación social de cómo han tomado forma sus vidas y se reúnen bajo un mismo techo en un mismo momento, hablando el mismo idioma, haciendo el mismo análisis, quedando una y otra vez en restaurantes, salones de lectura y pisos de Nueva York, por el mero placer de elaborar el discernimiento y repetir el análisis. Es la alegría de la política revolucionaria, y era nuestra. Ser feminista a principios de los setenta: ¡qué bendición que te toque vivir ese despertar! Ningún «te quiero» del mundo le llegaba a la altura. No había otro sitio donde estar, salvo con las demás. Todas vivimos entonces dentro del abrazo holgado del feminismo. Creí que pasaría allí el resto de mi vida.

De la mano del júbilo, surgió para mí el convencimiento, formulado en un abrir y cerrar de ojos, de que el trabajo era ya algo sin lo que no podía pasar. Me juré que querer a un hombre no volvería a ser prioritario. De hecho, quizá ambas cosas fueran incompatibles; quizá tuviera que pasar sin el amor tal y como lo había conocido hasta la fecha. Abordé la idea como si no fuera nada, la tarea más factible del mundo. Al fin y al cabo, siempre había sido una beligerante agitada, una de esas mujeres que siempre se quejan de que a los hombres les asustan «las mujeres como yo». No se me daba bien ligar, fue un alivio despedirme del tema. Si el amor entre iguales era imposible —y todo apuntaba a que así era—, ¿quién lo necesitaba? Me acurruqué con mi corazón recién encallecido. La emoción de la realidad feminista me hizo renunciar de buen grado al sentimentalismo y encontrar placer en la perseverancia. Lo único importante, me decía, era el trabajo. Tengo que enseñarme a

trabajar. Si trabajo, conseguiré lo que necesito. Seré una persona en el mundo. ¿Qué importancia tendrá entonces estar renunciando al «amor»?

Resultó, sin embargo, que no, que sí que importaba. Mucho más de lo que jamás habría imaginado. Sí, ya no podía vivir con hombres bajo las antiguas condiciones. Sí, no me contentaría con menos que un apego adulto. Sí, si suponía tener que vivir sin eso, estaba preparada para vivir sin eso. Pero era imposible renunciar a la idea del amor, cuando no a la realidad. Conforme pasaron los años, me di cuenta de que el amor romántico estaba inyectado como un tinte en el sistema nervioso de mis emociones, bordado por todo el paño de mis deseos, fantasías y sentimientos; acosaba mi psique como un fantasma, era un dolor de huesos; estaba tan profundamente incrustado en la composición del espíritu que mirar directamente su influjo me hacía daño en los ojos. Sería causa de dolor y conflicto el resto de mi vida. Me encantaba mi corazón encallecido —lo había adorado todos esos años—, pero la pérdida del amor romántico seguía siendo capaz de desgarrarlo.

Siempre estuvo ahí, acechando, ese cisma interior sobre el amor, por mucho que nunca hablara de él. Y nunca lo hablaba porque no tenía necesidad de hablar. No tenía necesidad de hablar porque era soportable. Se podía soportar porque había hecho un hallazgo importante. El descubrimiento era mi ingrediente secreto, lo que hacía que mi bizcocho subiera todas las mañanas. Era lo siguiente: mientras tuviera un cuarto lleno de feministas al que llamar mi hogar, tendría compañía de serie toda la vida. No volvería a estar sola. Las feministas eran mi espada y mi escudo: mi consuelo, mi alivio, mi emoción. Si tenía a las feministas, tenía comunidad, podía vivir sin amor romántico. Y era cierto: podía.

Hasta que ocurrió lo impensable. Lentamente, hacia 1980, la solidaridad feminista empezó a deshilacharse. Conforme el mundo no había sabido cambiar lo suficiente para reflejar nuestros esfuerzos, lo que antes nos había separado a todas las mujeres volvió a reafirmarse, ahora en nosotras. La

sensación de vínculo empezó a erosionarse. Cada vez más parecíamos tener cada vez menos que decirnos. Los caracteres empezaron a chocar, las conversaciones a aburrir y las ideas a repetirse. Las reuniones empezaron a ser cansinas y las fiestas menos atractivas.

Al principio el cambio en el ambiente fue sólo una débil sospecha (¡con lo sólida que parecía la camaradería feminista!), pero poco a poco se convirtió en una desdichada convicción y, más adelante, en una realidad innegable. Un buen día me desperté y comprendí que la emoción, el anhelo y la expectativa de comunidad habían desaparecido. Como con el amor romántico, la discrepancia entre deseo y realidad se hizo tan grande que resultó insalvable.

Caí en una dolorosa depresión. La soledad existencial me reconcomió el corazón, mi corazón lleno de bonitos callos. Se apoderó de mí el miedo a la soledad de por vida.

Trabaja, me decía, trabaja duro.

Pero es que no sé trabajar duro, me contestaba, hace poco que he aprendido a trabajar con constancia, soy incapaz de trabajar duro.

Inténtalo, me respondía, y vuelve a intentarlo. Es lo único que tienes.

El primer fogonazo de iluminación feminista volvió a mí. Años antes el feminismo me había hecho ver el valor del trabajo; ahora estaba haciéndomelo ver de nuevo con otros ojos. Empezó a celebrarse una segunda conversación, esa en que el saber va a más. Comprendí que tendría que encarar sola justo aquello para lo que mi política me había estado preparando todo ese tiempo. Entendí lo que las feministas visionarias llevaban doscientos años entendiendo: que el poder sobre la vida propia sólo llega a través del control estable del pensamiento propio.

Una consideración fácil de expresar, pero la tarea de una vida.

Me senté a mi mesa, como si fuera la primera vez, para enseñarme a permanecer con mis pensamientos: a ordenarlos, extenderlos, ponerlos a mi servicio. No lo conseguí.